

MISTERIO DE CRISTO Y REALISMO SACRAMENTARIO

ANGEL GARCIA IBÁÑEZ

La Comisión Teológica Internacional, en las sesiones de trabajo de octubre de 1979 dedicadas al estudio de algunas cuestiones actuales referentes a la cristología, quiso subrayar la unión íntima entre el misterio de Cristo mismo y su obra de salvación: «La persona de Cristo no puede ser separada de la obra redentora; los bienes de salvación no son separables de la divinidad de Jesucristo. Sólo el Hijo de Dios puede realizar una auténtica redención del pecado, de la muerte eterna y de la servidumbre de la ley, según la voluntad del Padre, con la cooperación del Espíritu Santo»¹. En ese mismo documento, la Comisión ponía de manifiesto cómo algunas especulaciones teológicas contemporáneas no han sabido conservar ese nexo entre la cristología y la soteriología. De hecho, en las obras de los promotores de una «nueva cristología», son frecuentes las ambigüedades —cuando no abiertas negaciones— acerca de la divinidad de Jesucristo y del valor redentor de su Pasión y Muerte. Al separar entre el «Cristo en sí» y el «Cristo para nosotros» vacían el sentido de la Redención, pues sólo siendo Dios, Cristo ha podido ser nuestro Salvador. Sólo siendo hombre pudo merecer; y sólo siendo Dios pudo tener valor infinito ese merecimiento y hacer partícipes a los hombres de todos los tiempos de los beneficios de la Redención.

Se trata, en definitiva, de mantener una perspectiva teológica muy presente en los Padres de la Iglesia. Su defensa de los dogmas cristológicos se asienta frecuentemente en la obra redentora. Un ejemplo claro es el de San Atanasio, que, apoyándose en la realidad de la Redención, aceptada por Arrio y sus seguidores, defendió palmariamente la divinidad de Jesucristo: si hemos sido redimidos por El,

1. *Quelques questions touchant la Christologie*, «Esprit et Vie» 46 (1980), p. 616.

es preciso afirmar que Cristo es Dios, pues sólo Dios puede liberar al hombre del pecado². Y si Cristo nos salva muriendo y resucitando por nosotros, su persona debe ser totalmente diversa a la nuestra: El es Dios verdadero. En su ser se encuentra la razón última de su capacidad salvífica.

Igualmente, la defensa de la integridad de la naturaleza humana de Cristo encuentra un punto de apoyo en el vínculo de la Encarnación con la Redención. «Los Santos Padres proclaman constantemente que no está sanado lo que no ha sido asumido por Cristo»³. Baste el testimonio del Papa San Dámaso, que frente a la doctrina de los Apolinaristas enseñó: «Si (el Verbo) asumió al hombre imperfecto (sin alma espiritual), imperfecta fue la obra de Dios, imperfecta nuestra salvación, porque no fue salvado todo el hombre. ¿Y en qué lugar habrían sido dichas las palabras del Señor: 'El Hijo del hombre ha venido a salvar lo perdido' (Mt 18,11)? Todo, es decir, en el alma y en el cuerpo, en la facultad del alma capaz de conocer (in sensu) y en toda la naturaleza de su sustancia. Porque si todo el hombre había perecido en estas cosas, fue necesario que todo lo que había perecido fuera salvado. Pero si fue salvado en todo excepto en el alma espiritual se deducirá, contra la fe del Evangelio, que no todo lo que había perecido ha sido salvado, porque en otro lugar el mismo Salvador dice: 'os habéis airado contra mí porque he salvado a todo el hombre' (cfr. Io 7,23)... Nosotros que conocemos que hemos sido salvados íntegra y perfectamente declaramos según la profesión de la Iglesia Católica que el Dios perfecto asumió al hombre perfecto»⁴.

No menos significativo es el razonamiento de San Juan Crisóstomo, que parte del realismo sacramental para defender el realismo cristológico. Así, por ejemplo, sostiene la verdad del sacrificio redentor de Cristo con el siguiente argumento: «Cuando dicen (los herejes) ¿de dónde consta que Cristo fue inmolado?, fuera de otras razones, sellamos sus labios con los misterios. Porque si no hubiera

2. Cfr. *De incarnatione Verbi*, 9: PG 25, 112.

3. CONC. VAT. II, Decr. *Ad gentes*, n. 3. En nota ofrece una abundante lista de referencias: S. ATANASIO, *Ep. ad Epictetum*, 7: PG 26, 1060; S. CIRILO DE JERUSALÉN, *Catech.*, 4,9: PG 33, 465; MARIO VICTORINO, *Adv. Arium* 3,3: PL 8, 1101; S. BASILIO, *Epist.* 261,2: PG 32, 969; S. GREGORIO NISENO, *Adv. Apollin.* 17: PG 45, 1156; S. CIRILO ALEJ., *Adv. Nestor.* 1,1: PG 76, 20; S. AMBROSIO, *Epist.* 48,5: PL 16, 1153; S. AGUSTÍN, *In Ioan. Ev. tr.* 23,6: PL 35, 1585; además manifiesta de esta manera que el Espíritu Santo no nos redimió, porque no se encarnó (*De agone Christ.* 22,24: PL 40, 302); S. CIRILO ALEJ., *Adv. Nestor.* I, 1: PG 76, 20; S. FULGENCIO, *Epist.* 17, 3,5: PL 65, 454; *Ad Trasimundum* III, 21: PL 65, 284.

4. *Epistolarum fragmenta ad episcopos Orientales*: Dz.-Sch. 146.

muerto Cristo ¿de qué serían símbolo los misterios —sacramentos— que se celebran? ⁵.

El realismo sacramental, esto es, el que los sacramentos sean signos santificadores, llenos de contenido sobrenatural, presupone la plenitud del dogma cristológico. La virtud santificadora de los sacramentos, íntimamente unida a la Pasión del Salvador, sólo se explica si Jesucristo es Dios. Sólo Dios puede santificar; sólo Cristo-Dios puede trascender el espacio y el tiempo de modo que la Redención obrada en la Cruz alcance por medio de los ritos sacramentales a todos los hombres. Si Cristo hubiera sido exclusivamente hombre, toda la vida sacramental de la Iglesia estaría vacía de contenido, pues ésta tiene su raíz en el prolongamiento de la Encarnación y de la Redención.

*Cristo, paradigma y causa de nuestra configuración
con El en los sacramentos*

Una cristología ascendente, «desde abajo», que no llegara a afirmar con nitidez la divinidad de Cristo correría el riesgo de reducir a Jesús de Nazaret a un simple modelo humano. Por eso, justamente se le recrimina a Schillebeeckx el que acabe reduciendo a Cristo a ser tan sólo «el paradigma de nuestra humanidad en cuanto ha vivido por adelantado la praxis del reino de Dios» ⁶. Nada más en definitiva que un hombre, elevado al grado de ejemplar supremo de la humanidad.

✓ Ciertamente Cristo en la Sagrada Escritura se nos presenta como el ejemplar, la imagen, el ideal que permite al hombre responder al designio salvador de Dios Padre: «A los que de antemano conoció también los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que éste sea primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8,29). También es cierto que Jesús, con su enseñanza y todos los actos de su humanidad histórica, nos señala el camino sin desvíos que lleva al amor de Dios Uno y Trino, pues dijo de sí mismo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí» (Io 14,6). Pero Cristo no es sólo el ideal a semejanza del cual el hombre debe vivir; no es sólo un estímulo para que reproduzcamos sus

5. *In Mat. homil.* 82, cap. 26, vv. 26-28: PG 58, 739.

6. Cfr. P. C. LANDUCCI, *Teología y cristología de Schillebeeckx*, «Scripta Theologica» 11 (1979), p. 246.

virtudes y su conducta. Su acción no puede reducirse a la del modelo exterior en el que se inspira el artista humano para realizar una obra de arte. El modelo no tiene propiamente una causalidad conformante: el ejemplar jamás se comunica al efecto que le imita; entre ambos no hay más que una participación ideal. En cambio, Cristo, además de ser el perfecto modelo humano para todos los hombres, es Dios verdadero. Por eso puede hacernos participar formalmente de la misma naturaleza divina⁷; y lo hace incorporándonos a El e introduciéndonos en los misterios de su vida terrena, sobre todo en el Misterio Pascual. Esta es la verdad que manifiesta el profundo realismo de los sacramentos, tal como nos lo transmitió la Patrística, sobre todo oriental, que encontró amplio eco en Santo Tomás. Justamente el Vaticano II remite al Doctor Angélico cuando propone esta doctrina: «En este cuerpo (místico), la vida de Cristo se comunica a los creyentes, que por medio de los sacramentos se unen misteriosa y realmente a Cristo que padeció y ha sido glorificado»⁸. Y a continuación la «*Lumen gentium*» explica más en concreto la participación en el Misterio Pascual que tiene lugar en el Bautismo y la Eucaristía⁹.

En las páginas que siguen trataremos de analizar el modo como Cristo, Dios y Hombre, mediante los misterios de su vida actualizados en los sacramentos, señala a todo el género humano el camino hacia la casa del Padre y distribuye los bienes de la Redención, transformando a los cristianos según el modelo de su imagen. Naturalmente no pretendemos ser exhaustivos. Esta comunicación sólo sugiere algunas posibles líneas de trabajos que contribuyan a resaltar la perfecta humanidad y divinidad de Jesucristo, contempladas desde la perspectiva que da la teología sacramentaria.

7. «Per quem maxima et pretiosa nobis promissa donavit, ut per haec efficiamini divinae consortes naturae» (II Petr 1,4). Un buen estudio sobre el tema puede encontrarse en: C. FABRO, *La nozione metafisica di partecipazione secondo S. Tommaso d'Aquino*, S.E.I., 3.ª ed., Torino 1963, pp. 299-314.

8. *Lumen gentium*, n. 7. En cita remite a *S. Th.*, III, q. 62, a. 5, ad 1.

9. «Por el Bautismo nos configuramos con Cristo: 'Porque también todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu' (I Cor 12,13). Rito sagrado con que se representa y efectúa la unión con la Muerte y Resurrección de Cristo: 'Con El hemos sido sepultados por el Bautismo, para participar en su Muerte, mas si hemos sido injertados en El por la semejanza de su Muerte, también lo seremos por la de su Resurrección' (Rom 6,4-5). En la fracción del pan eucarístico, participando realmente del Cuerpo del Señor, nos elevamos a una compenetración con El y entre nosotros mismos. 'Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan' (I Cor 10,17). Así todos nosotros quedamos hechos miembros de su cuerpo (cfr. I Cor 12,27), y cada uno es miembro del otro (Rom 12,5)» (CONC. VAT. II, *Lumen gentium*, n. 7). Cfr. *Sacrosanctum Concilium*, n. 6.

El Bautismo, participación en el Misterio Pascual del Salvador

«Omnis Christi actio, nostra est instructio»¹⁰. Con estas palabras señaló Santo Tomás que los acontecimientos de la vida de Cristo no ocurrieron al azar; todos estaban preordenados para que nos sirvieran de ejemplo y para que pudiéramos imitarle del modo más adecuado a nuestra situación¹¹. Pero para el Angélico la vida de Cristo no queda reducida a la dimensión de la ejemplaridad; a la vez sostiene que todo lo que Cristo hizo y padeció en su carne durante su vida terrena poseyó un contenido salvífico capaz de redimir al hombre del pecado y de regenerarle a la vida de la gracia¹².

Cristo quiso ser bautizado, e instituir así el sacramento del Bautismo, para dar la virtud salvadora a las aguas en las que los hombres se habían de bautizar. De este modo podrían morir al pecado y renacer en El a una nueva vida, propia de los hijos de Dios. Además, porque «quiso hacer lo que mandó que todos hiciesen. Esto significan aquellas palabras: 'nos conviene cumplir toda justicia' (Mt 3,13) que San Ambrosio comentó así: 'Esta es la justicia, que primero hagas lo que quieres que otros hagan y los muevas con tu ejemplo'»¹³.

El bautismo de penitencia, de muerte al pecado, que administraba San Juan y que quiso recibir Jesús —sin necesitarlo—, fue ejemplar de nuestro Bautismo¹⁴; los hechos que siguieron al Bautismo de Cristo: su ascensión de las aguas del Jordán, la apertura del cielo y el descenso del Espíritu Santo¹⁵, prefiguran lo que ocurre en los hombres que reciben el sacramento de la regeneración. Con Cristo, al salir del agua renacen espiritualmente a una nueva vida, que es

10. *In Ioann. Ev.*, cap. 11, lect. 6, ed. Marietti, n. 1555.

11. «Actio Christi est instructio nostra, non ut omnino modo agamus sicut Christus fecit, sed ut pro modo nostro Christum imitemur. Et ideo per baptismum suum dedit nobis exemplum, ut baptizemur illo baptismo qui nobis competit, per quem scilicet remissionem peccatorum consequamur» (*In IV Sent.*, d. 2, q. 2, a. 3, sol. 1, ad 2).

12. Claramente lo afirma el Doctor Angélico en su Comentario al Evangelio de San Juan: «Per mysteria quae Christus in sua carne complevit, dat vitam mundo» (*In Ioann. Ev.*, cap. 6, lect. 4, ed. Marietti, n. 914). Un buen trabajo sobre la ejemplaridad y la causalidad de los misterios de la vida de Cristo puede encontrarse en: I. BIFFI, *I Misteri della vita di Cristo nei Commentari biblici di S. Tommaso*, «Divus Thomas», 79.3 (1976), pp. 217-254.

13. *S. Th.*, III, q. 39, a. 1, c.

14. «Hoc quod circa Christum factum est in eius baptismo, sicut Chrysostomus dicit (Super Matth. hom. 4), pertinet ad mysterium omnium qui postmodum fuerunt baptizandi» (*S. Th.*, III, q. 39, a. 6, c.).

15. Cfr. Mt 5,13-17.

fruto de la conformación con Jesucristo¹⁶; desde ese momento la vida del cristiano es ontológicamente semejante a la vida de Cristo¹⁷. A los recién bautizados, como a Cristo, se les abren los cielos, pues el sacramento limpia del alma todo lo que tiene verdadera y propia razón de pecado, único obstáculo para entrar en la gloria¹⁸. Y, como en el Bautismo del Señor, los cristianos reciben el Espíritu Santo¹⁹.

Estos efectos los alcanza el hombre por el Bautismo siguiendo el ejemplo de Jesús de Nazaret, no sólo en el Jordán, sino también en el Calvario. San Basilio escribió a este propósito: «Es necesario imitar a Cristo en la perfección de la vida, no sólo en los ejemplos que nos dio de mansedumbre, humildad y sabiduría, sino también en el de su propia muerte, ya que San Pablo, imitador de Cristo, dijo: 'me conformo a El en la muerte, para alcanzar la resurrección de los muertos'. ¿Cómo conseguimos la semejanza con su muerte? Al ser conspueltados con El por el Bautismo»²⁰. La sumersión en las aguas bautismales, como enseña San Basilio, configura simbólicamente al hombre con la Muerte y Resurrección de Cristo. Pero, a la vez, causa una verdadera regeneración en el cristiano. Con gran fuerza lo expresó San Pablo en la Epístola a los Romanos: «¿Ignoráis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados para participar en su muerte? Con El hemos sido sepultados por el Bautismo para participar en su muerte, para que como El resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva. Porque, si hemos sido injertados en El por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su resurrección. Pues sabemos que nuestro hombre viejo ha sido crucificado para que fuera destruido el cuerpo del pecado y ya no sirvamos al pecado. En efecto, el que muere queda absuelto de su pecado... Así pues, haced cuenta de que estáis muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús» (Rom 6,3-11). La ejemplaridad de la Muerte y Re-

16. «Quicumque enim in Christo baptizatur, suscipit quamdam novam naturam, et formatur quodammodo Christus in ipso: 'Filioli mei, quos iterum parturio donec formetur in vobis Christum' (Gal 4,19)» (*In Ep. ad Hebr.*, cap. 3, lect. 2, ed. Marietti, n. 189). Cfr. *S. Th.*, q. 39, a. 8, ad 3.

17. «Notre vie étant liée à celle du Christ, non seulement comme la cause à l'effet, mais par une sorte d'identité, car c'est la même vie, ontologiquement pareille et donc mystiquement identique» (L. CERFAUX, *Le Christ dans la Théologie de Saint Paul*, 2.^a ed., Paris 1951, p. 246).

18. Cfr. CONC. TRID., *Decr. de peccato originali* (Dz.-Sch. 1515).

19. «Omnes autem qui baptismo Christi baptizantur, Spiritum Sanctum recipiunt, nisi ficti accedant: secundum illud Mt 3,11: Ipse vos baptizabit in Spiritu Sancto. Et ideo conveniens fuit ut super baptizatum Dominum Spiritus Sanctus descenderet» (*S. Th.*, III, q. 39, a. 6, c.).

20. S. BASILIO, *Liber de Spiritu Sancto*, cap. 15, n. 35: PG 32, 127-130.

surrección de Cristo aparece en este texto de San Pablo íntimamente ligada a la eficacia salvadora de los actos de su humanidad y a la cristoconformación que realizan los sacramentos.

Pero, ¿es verdaderamente real esa incorporación a Cristo y a los misterios de su Muerte y Resurrección? ¿El rito bautismal no será una mera representación simbólica de lo que hizo y padeció Cristo? San Cirilo de Jerusalén dio respuesta a estos interrogantes cuando en sus «Catequesis Mystagógicas» explicó el significado y los efectos de las ceremonias del Bautismo. Mediante éstas los hombres se incorporan al Misterio Pascual del Salvador, pues «lo afirma San Pablo con toda precisión cuando dice: 'si hemos sido injertados en El por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su resurrección'... Atiende a las palabras del Apóstol: no dice que seamos injertados por la muerte, sino por la semejanza de su muerte. En Cristo la muerte es una realidad, su alma se separó realmente de su cuerpo; real también fue su sepultura, ya que su cuerpo santo fue envuelto en un lienzo, cosas éstas que fueron reales en El. A vosotros, en cambio, se os concedió —por el Bautismo— la semejanza de la muerte y de los padecimientos; pero, la salud alcanzada es realidad y no semejanza»²¹. Según la exégesis de San Cirilo, el Misterio Pascual, simbolizado en el rito bautismal es, a su vez, signo de cuanto Cristo, muerto y resucitado, causa efectivamente en quienes reciben el sacramento: la muerte al pecado y el injerto en El. La participación en este misterio del Salvador no es, pues, sólo simbólica o intencional; es real.

También nos da mucha luz para responder a los anteriores interrogantes el axioma teológico tantas veces repetido por Santo Tomás: «sacramenta efficiunt quod significant»²². Si, como hemos visto, el Bautismo simboliza la incorporación del hombre al misterio de la Muerte y Resurrección de Cristo, también debe realizarla de algún modo. Y la realiza en cuanto el bautizado, bajo el velo del misterio sacramental, «se hace partícipe de los sufrimientos de la Pasión de Cristo, como si él mismo los hubiese soportado, al hacerse por el sacramento miembro suyo»²³. Hay una perfecta continuidad entre

21. S. CIRILO DE JERUSALÉN, *Catechesis Mystagogica* II, cap. 7: PG 33, 1084.

22. *In IV Sent.*, d. 1, q. 1, a. 4, q. 1; *S. Th.*, III, q. 62, a. 1, ad 1; cfr. *De Veritate*, q. 27, a. 4; *C.G.*, IV, 57.

23. *S. Th.*, III, q. 69, a. 2, ad 1. A este propósito escribe F. H. HOLTZ: «Les Mystères de la passion et de la résurrection perdurent donc dans et per les sacrements. Ceuxci agissent selon saint Tomas, non à la façon d'une cause dispositive mais efficiente et instrumentale. Ils ont pour effet une assimilation entre l'âme et la cause principale divine» (HOLTZ, *La valeur sotériologique de la résurrection du Christ selon S. Tomas*, «Ephemerides Theologicae Lovaniensis» 29 (1953), p. 643.

los actos redentores y los signos sacramentales. A través de ellos el bautizado, si ha alcanzado el uso de razón, alimenta su fe; es estimulado a la participación en los misterios de la Redención; es movido a la penitencia; y es instruido acerca de lo que obra en su alma la gracia sacramental, dándosele a conocer la configuración que alcanza con Cristo²⁴. Pero esa configuración no es meramente psicológica. No es el hombre quien la realiza, sino Cristo, que se sirve del sacramento como de un instrumento para hacer llegar —a través de los siglos— a todos los hombres que libremente buscan la unión con El, la virtud de su Pasión²⁵. De este modo, por la gracia sacramental, que tiene su origen en la Cruz, se produce realmente la configuración con Cristo.

También se explica así, analizando la ejemplaridad y la eficiencia de la humanidad de Cristo prolongada en los sacramentos, la conformación específica con El que realiza el Bautismo. Este, como hemos visto, tiene la virtud de injertar al cristiano en el Misterio Pascual del Redentor, haciendo posible que el hombre muera con Cristo —para dar muerte al pecado—, y resucite con El a una nueva vida; cristificación diversa de la que realizan otros sacramentos, en cuanto poseen distinto simbolismo y conceden otra gracia sacramental, específica²⁶.

24. «Il y faut aussi un principe de continuité (entre acción sacramental y acto redentor) sur le plan de la forme qui mesure cette action, la 'forma agendi', et c'est la signification sacramentelle qui l'assure: par elle en effet est obtenue cette identification formelle, conjointe à la distinction réelle, grâce à laquelle le signifié, lui-même est dans les signes (...). Il convenait grandement que cette continuité selon l'efficience soit manifestée par la continuité selon la forme, dont le signe, ou le symbole, est le moyen» J. H. NICOLAS, *Réactualisation des mystères rédempteurs dans et par les sacrements*, «Revue Thomiste», 58 (1958), p. 54.

25. «Virtus passionis Christi applicatur viventibus per sacramenta configurantia nos passioni Christi» (*S. Th.*, III, q. 52, a. 1, ad 2). Sobre el modo como se realiza esta aplicación ha escrito J. H. NICOLAS, *o.c.*, p. 51: «Cette action instrumentale de l'humanité du Christ est salutaire de manière efficiente, en ce sens qu'elle a de quoi produire efficacement la justification, la mort au péché, la résurrection et la glorification en chacun des hommes. Si elle-même ne produit pas cet effet, ce n'est pas par impuissance, par insuffisance; c'est par le défaut du patient qui loigné dans l'espace et le temps, au moment de la passion, éloigné aussi spirituellement, —et il s'agit d'un effet spirituel, qui exige un contact spirituel, c'est-à-dire volontaire— ne peut pas être soumis à cette action au moment où elle se produit. Mais si l'action passe —il est de sa nature d'être transitoire— l'agent demeure éternellement. Il peut, lui, reprendre indéfiniment cette action, l'appliquant à chaque patient au cours des âges, par une action entitativement distincte, mais qui n'en fait qu'une avec la première qu'elle continue».

26. «Sacramentum autem gratiam producit ad figuram Christi patientis, hoc est, gratiam Christo conformantem; scilicet gratiam particularem sacramentalem producit, quae assimilat subiectum recipiens Christo in illo mysterio particulari a sacramento significato et commemorato. Hoc ergo sensu sacramentum gratiam confert quam significat: scilicet significat gratiam conformantem Christo commemorato in mysterio particulari, et gratiam illam revera facit» (R. MASI, *De Causalitate Sacramentorum*;

*La Eucaristía, actualización del Sacrificio Redentor
y sacramento de la transformación en Cristo*

La Eucaristía es la actualización perenne de la Pascua del Señor: «El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?» (I Cor 10,16). «Cuántas veces comáis este pan y bebáis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que El venga» (I Cor 11,26). Estos textos de la Escritura, de un impresionante realismo, certifican abiertamente que la liturgia eucarística no queda reducida a una mera representación simbólica de la Última Cena de Jesús con sus discípulos porque en la Eucaristía el Cuerpo y la Sangre de Cristo se hacen verdadera, real y sustancialmente presentes. La doble consagración simboliza la separación del Cuerpo y de la Sangre de Cristo en el Calvario y hace presente su sacrificio, permitiendo que los hombres de todos los tiempos puedan unirse al acto redentor de Cristo y recibir la fuerza salvífica de la Cruz²⁷.

Ahora bien, la Eucaristía, como alimento espiritual, ¿qué efectos causa en los cristianos? Todos podrían compendiarse en el perfecto grado de unión con Cristo que produce, capaz de hacer al hombre concorpóreo y consanguíneo del Señor: «con plena seguridad —escribía San Cirilo de Jerusalén— participamos del cuerpo y sangre de Cristo. Porque en figura de pan se te da el cuerpo y en figura de vino se te da la sangre para que, habiendo participado del cuerpo y de la sangre de Cristo, seas hecho concorpóreo y consanguíneo suyo; y porque así somos hechos portadores de Cristo, al distribuirse por nuestros miembros su cuerpo y su sangre. De este modo, según el bienaventurado Pedro, somos hechos 'consortes de la divina naturaleza' (II Petr. 1,4)»²⁸. Por esto tradicionalmente se ha designado a la Eucaristía como el sacramento de la consumación de la vida espiritual en esta tierra, ya que va transformando al hombre en Cristo haciéndole vivir en El y por El, como manifestó el Señor: «quien come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él. Así como vive el Padre que me envió, y yo vivo por el Padre, así también quien me come vivirá por mí» (Io 6,56-57). Esa transformación en Cristo por la Eucaristía, según San Ambrosio, causa en el hombre

recentium opinionum disputatio theologica, ediciones Urbanianae, Romae 1963, p. 80). Cfr. J. GAILLARD, *Les sacrements de la foi*, «Revue Thomiste» 59 (1959), pp. 282-283.

27. Cfr. Pío XII, Enc. *Mediator Dei*, Dz.-Sch. 3484; JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor hominis*, n. 20.

28. *Catechesis Mystagogica* IV, 3: PG 33, 1097.

la mayor semejanza posible con Dios, pues al recibir el sacramento el cristiano se une al Verbo encarnado, imagen perfecta del Padre²⁹. Sólo si Cristo es Dios puede realizar esos efectos en las almas y en los cuerpos de los fieles.

Pero no todos los que reciben la Eucaristía se unen íntimamente a Cristo. Para configurarse con El por la recepción del sacramento es necesario, claro está, el deseo de esa unión, la fe y la caridad³⁰. Quien esté en pecado mortal o carezca de intención real de unirse a Cristo no podrá alcanzar esos efectos.

Participación en los misterios de Cristo a través de los demás sacramentos

No sólo el Bautismo y la Eucaristía sino todos los sacramentos de la Nueva Ley, como «huellas de la Encarnación del Verbo»³¹, señalan al hombre el camino de la identificación con Cristo y confieren la gracia que los modela según su imagen. A continuación trataremos brevemente, dentro de los límites de esta comunicación, de la configuración con Cristo que operan los restantes sacramentos.

Por la Confirmación el cristiano, al recibir la plenitud del Espíritu Santo y de la gracia³², es configurado con Cristo, «lleno de gracia y de verdad» (Io 1,14). San Cirilo de Jerusalén resaltó que el hombre recibe la Confirmación después del Bautismo, del mismo modo que Jesucristo después de ser bautizado en el Jordán recibió sobre Sí la manifestación visible del Espíritu Santo. Así, quienes son confirmados reciben una fuerza especial del Espíritu Santo y son configurados con Cristo para instaurar, con El, el reino de Dios: «Del mismo modo que el Salvador, después de su Bautismo y de la venida del Espíritu Santo, se fue a combatir al adversario, así también vosotros, después del santo Bautismo y de la unción mística con el crisma, revestidos de la armadura del Espíritu Santo, resistid la influencia adversa, y combatidla diciendo: 'Todo lo puedo en Aquél que me hace fuerte, Cristo' (Phil 4,13)»³³.

29. «Solus enim Christus est plena imago Dei propter expressam in se paternae claritudinis unitatem (...). Corpus Christi edimus, ut vitae aeternae possimus esse participes». *Expositio Evangelii secundum Lucam*, X, 49: PL 15, 1816.

30. «In hoc sacramento duo requiruntur ex parte recipientis: scilicet desiderium coniunctionis ad Christum, quod facit amor; et reverentia sacramenti, quae ad donum timoris pertinet» (*In IV Sent.*, d. 12, q. 3, a. 1, s. 3).

31. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amar el mundo apasionadamente*, en *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 1970, n. 115.

32. Cfr. *S. Th.*, III, q. 72, a. 2, ad 4.

33. S. CIRILO DE JERUSALÉN, *Catechesis Mystagogica* III, cap. 4: PG 33, 1091.

Por la Penitencia el pecador arrepentido participa de una manera singular en la vida de Cristo, conformándose con el Redentor que expía en la Cruz los pecados de la humanidad. «Lo que acontece en el drama sacramental de la Penitencia —escribe L. Scheffczyk— consiste nada menos en que el pecador se une a Cristo paciente, se adentra en los sentimientos y en la obra del Redentor que expía los pecados; aunque con una diferencia que no podemos dejar de señalar: el cristiano —a diferencia de Cristo— realiza todo esto por sus propios pecados personales. Pero, con todo, esta diferencia no puede desvalorizar el hecho de que aquí se da realmente una 'unión mística con Cristo en su expiación', por fuerza de la cual incluso el pecador ejerce una cierta función redentora y participa de ella, y esto no sólo para sí mismo, sino también para el mundo, porque la cancelación del pecado es siempre un acontecimiento supra individual, social»³⁴. Esa conformación se alcanza por la unión personal a los padecimientos del Salvador; es decir, mediante una radical conversión del corazón a Dios, manifestada en actos satisfactorios semejantes a los que Cristo realizó en el Calvario³⁵. Como Cristo se sometió al juicio del Padre sobre el pecado³⁶, así el pecador debe someterse al juicio de Dios que realiza el sacerdote en el tribunal de la Penitencia. Y como Cristo —juntamente con El— el penitente debe vencer al pecado con obras penales satisfactorias. Así, «al padecer en satisfacción por nuestros pecados, nos hacemos conformes a Cristo Jesús, que por ellos satisfizo y de quien viene toda nuestra suficiencia, por donde tenemos también una prenda certísima de que, si juntamente con El padecemos, juntamente también seremos glorificados»³⁷.

Por el Orden los ministros sagrados quedan conformados ontológicamente con Cristo Sacerdote³⁸. Por el Matrimonio los esposos cristianos son hechos partícipes del misterio de la unión esponsal de Cristo con su Iglesia³⁹. Y según Santo Tomás quedan también configurados con la Pasión de Cristo, en cuanto a la caridad que fue la que movió al Redentor a padecer por unirse a su Esposa, la Iglesia⁴⁰;

34. *La específica eficacia santificadora del sacramento de la Penitencia*, «Scripta Theologica», 10 (1978), p. 592.

35. «Ad hoc quod consequamur effectum passionis Christi, oportet nos ei configurari. Configuramur autem in baptismo sacramentaliter (...). Non potest homo secundario configurari morti Christi per sacramentum baptismi. Inde oportet quod illi qui post baptismum peccant, configurentur Christo patienti per aliquid poenitentiae vel passionis quam in seipsis sustineant» (*S. Th.*, III, q. 49, a. 3, ad 2).

36. Cfr. Hebr 10, 5-7; Rom 5,19; Phil 2,5-8.

37. CONC. TRID., *Doctr. de poenitentia*, cap. 8 (Dz.-Sch. 1690-1691).

38. Cfr. CONC. VAT. II, *Lumen gentium*, nn. 21 y 28.

39. Cfr. Ephes 5,22-33.

40. Cfr. *Supp.*, q. 42, a. 1, ad 3.

realidad que debe abrir amplias perspectivas al amor y al dolor de los cónyuges cristianos. La Unción de enfermos supone para el cristiano la última configuración terrena con Cristo, vencedor del pecado y de la muerte con su Muerte de Cruz.

* * *

Hemos visto hasta aquí cómo todos los sacramentos de la Iglesia, instituidos por Cristo, se configuran realmente con El y con los misterios de su vida. Pero en esta tierra la configuración sacramental con Cristo no es perfecta ni definitiva. Sólo es una señal de la perfecta unión con Cristo que se dará en la gloria, como enseñó el Vaticano II: «Mientras no haya nuevos cielos y nueva tierra, en los que tenga su morada la santidad, la Iglesia peregrinante, en sus sacramentos e instituciones que pertenecen a este tiempo, lleva consigo la imagen de este mundo que pasa, y Ella misma vive entre las creaturas que gimen entre dolores de parto hasta el presente, en espera de la manifestación de los hijos de Dios (cfr. Rom 8,19-22)»⁴¹. La conformación ontológica con Cristo, adquirida en el Bautismo, debe desarrollarse y perfeccionarse con ayuda de la gracia a través de toda la vida cristiana. Sólo siguiendo a Jesucristo cada día, en la contemplación de la Sagrada Escritura y en el ejercicio de todas las virtudes, en la vida sacramental y en la obediencia al Espíritu Santificador, es como los hombres irán configurándose cada vez más exactamente con su Modelo y podrán afirmar con San Pablo: «todos nosotros reflejamos como espejos la gloria del Señor, y nos vamos transfigurando en la misma imagen, de gloria en gloria, conforme a como obra el Espíritu del Señor» (2 Cor 3,18).

41. *Lumen gentium*, n. 48.